

YO, BILL MURRAY

ESTO IBA A SER LA BIOGRAFÍA AUTORIZADA DE BILL PERO NO LO ENCONTRAMOS



YO, BILL MURRAY

ESTO IBA A SER LA BIOGRAFÍA AUTORIZADA DE BILL PERO NO LO ENCONTRAMOS

MARTA JIMÉNEZ



BANDAÀPARTE
PERSONAJES

Primera edición, noviembre 2016

© Marta Jiménez

© Ilustraciones: sus autores

© Diseño de cubierta e ilustraciones en *Momentos Murray*: Pedro Peinado

© Diseño de colección: Pedro Peinado

www.pedropeinado.com

Edición de Antonio de Egipto y Marga Suárez

www.estonoesuntipo.com

Bandaàparte Editores

www.bandaaparteeditores.com

ISBN 978-84-944086-8-7

Depósito Legal CO-1591-2016

Este libro está bajo Licencia Creative Commons



Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

+info: www.es.creativecommons.org

Impresión: Gráficas La Paz.

www.graficaslapaz.com

El papel empleado para la impresión de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible, desde el punto de vista medioambiental, económico y social.

Impreso en España

*A mi padre y a mi madre,
que no recuerdan dónde han visto a Bill Murray*



RZA: Tú eres Bill Murray.

Bill Murray: Lo sé, pero no se lo digas a nadie.

GZA: ¿Qué quieres decir con que no lo cuente, Bill Murray?
La gente vendrá, te verá, eres Bill Murray, es obvio, a menos
que uses un disfraz o algo.

Bill Murray: Estoy disfrazado.

GZA: Maldición, eso es terrible, amigo.

(Coffee and Cigarettes. Jim Jarmusch, 2004)



THE EVERYDAY MAN

por Javier del Pino

Un humorista muy conocido suele decir que hay dos tipos de cómicos: los que tienen gracia y los que tienen que trabajar para tener gracia. Lo dice con resignación, porque pertenece a la segunda categoría. Nada le hubiera gustado más que haber nacido con las características indescriptibles que definen a ese minúsculo grupo de personas que, en un universo tan multitudinario, tienen la pintoresca virtud de expresar sentimientos o provocar reacciones sin decir nada y sin hacer nada. Sin trabajar. Bill Murray es uno de ellos.

Hay un término en inglés que define ese tipo de gesto vacío, esa expresión inexpresiva que paradójicamente permite al espectador saber lo que un personaje está pensando: *deadpan*. Buster Keaton inventó al actor cuyo rostro no se altera ni ante las circunstancias más desfavorables, incluidas las más cómicas. O especialmente las más cómicas.

A partir de Keaton, existe en la comedia anglosajona sólo una pequeña élite de individuos que en algún momento de su infancia fueron tocados por la mano de un Dios particular que les concedió esa característica de otro modo inalcanzable. Ahí están Steve Martin, Bob Newhart o Larry David, inmutables ante las situaciones más estruendosas pero tan extraordinariamente expresivos en su silencio. Están los ingleses John Cleese, Rowan Atkinson y el maestro de

todos ellos, Peter Sellers, capaz de provocar una guerra nuclear sin mostrar una sola mueca de perturbación. Y está Bill Murray.

Hay en él —en ellos— una combinación mágica entre un aspecto físico serio pero destartado y una capacidad incomparable para generar empatía. En esto último está la clave: se enfrentan a las circunstancias más disparatadas con la misma sorpresa y la misma torpeza que atenazaría en esa situación a cualquier espectador trasladado desde su butaca al centro de la acción. Y es entonces cuando su único interés es, en el mayor de los ridículos, la obsesión por preservar una cierta dignidad. ¿No es eso lo que haríamos todos?

Con Bill Murray uno tiene siempre la impresión de que no está interpretando a nadie: es él, ahí. Y ésa es una cualidad única que le convierte en el *Everyday Man*, el tipo que es como tú, o como ese amigo simplón, de vida aburrida, que nunca aporta mucho a la conversación pero que sigue viniendo a casa porque no molesta a nadie. Ésa es su magia: que no sepamos nunca si Bill Murray es Bill Murray, o si en realidad está representando su propio papel.

UNA PEQUEÑA PUERTA

Cuando Phil Connors descubre algunas de las virtudes que puede tener vivir atrapado en el mismo día —el de la marmota—, una jornada tras otra, grita borracho mientras conduce su coche sobre las vías del tren: «¡No voy a vivir de acuerdo a las reglas nunca más!». Esa línea de guión de *Atrapado en el tiempo* (1993) anticipó y hasta, tal vez, puso las bases de una buena parte de la filosofía del Bill Murray posterior a aquel filme, la que ha ayudado a convertir al actor en un icono transgeneracional de la cultura pop. «Cada vez que oigas que alguien tiene reglas, debes salir corriendo», suele sugerir con su cara de nada.

Parece que nadie sueña con ser Bill Murray. Ni siquiera con parecerse a él, en contra de lo diseñado para ser deseado del *start system*. Actores como Ryan Gosling o Norman Reedus han expresado en alguna ocasión que quieren ser como Murray, aludiendo a la buena vida del actor, a su capacidad para divertirse y luego desaparecer. Pero nadie los cree. No suenan verosímiles ya que solo lo dicen pero no hacen un solo gesto que los acerque al anárquico universo Murray. Tal vez por eso mismo el actor brille en solitario desde su propia constelación en la galaxia de Hollywood: para que parezca que las cosas no son como en realidad son.

Sin embargo, todos lo veneran. Nuestros padres conocen a Murray por *Cazafantasmas* y *El día de la marmota*, aunque su verda-

dera fama para el resto de las generaciones se la ha dado, fundamentalmente, el hecho de ir a su aire en su carrera y en su vida. El actor que huye de la comedia romántica para así ser más deseable, pero que protagonizó la mejor película sobre enamorarse (*Lost in translation*) del siglo, el hombre que ama hacer películas independientes y también de estudio, comedias y dramas, al que no le importa aparecer en filmes malos y malísimos, que jamás se desnuda en pantalla, que es un héroe icónico para Tarantino y a quien le gusta establecer su propia etiqueta como buen anarquista social, tiene un superpoder. Entre todos los rumores supuestamente protagonizados por estrellas, aquellos que realmente tienen posibilidades de ser ciertos son todos los relativos a la figura de Bill Murray, debido a la propia naturaleza del actor. Ya que todos van a creerlo. O no, pero da igual.

Murray no posee ni dandismo ni artificio, solo autenticidad. Te lo puedes encontrar cantando en un karaoke o a voz en grito en un concierto de Adele, borracho en un desastroso bar de Nueva York o colándose en la fiesta de tu mejor amigo, al igual que en el mejor hotel de Milán o en un yate en mitad de lago de Como junto a la pareja Clooney. También jugando al golf, al béisbol o al baloncesto, e incluso leyendo poesía. Hay murales de Bill Murray que decoran bares desde Toronto hasta Sydney y tatuajes con la cara del actor en muchos brazos, espaldas y pantorrillas de la generación de los 80 y 90. No existe equivalente en la primera división de las estrellas de Hollywood del siglo XXI de la adoración que se siente por Murray. De hecho, cuesta creer que apenas posea *haters* (odiadores). Éstos son tan insignificantes e intrascendentes que el actor comienza a oler a santidad en un culto a la personalidad que queda muy lejos de ser póstumo. La revista *Variety* le dedicó una portada llamándolo *Saint Bill* en la que el actor posaba en actitud de rezo, con su famosa mirada al cielo y envuelto en un velo de tul negro. Pero la broma no queda ahí. El mundo *frikichic* también ha elevado al actor a santo secular con una iconografía llena de bromas visuales: como la de su cara unida al

cuerpo de un Sagrado Corazón en una vela o la *Che Murray camiseta* que vende alguna tienda de Los Ángeles y ante la que la gente se pregunta, «¿Es ése el Che?» «¿Es Bill Murray?», a lo que el dueño de la tienda acaba respondiendo: «Bill Murray es como el Che».

La fuerza del icono de aquellos días dorados de la revolución es sustituido hoy por el rostro que mejor concentra el hartazgo vital.

El siglo XX nos trajo el cine y el *rock and roll*, los tebeos de superhéroes o a las estrellas del deporte y las divas del pop. Pero todo cambió de golpe. Dentro del arquetipo de héroe popular tendrían cabida ahora nombres como el de Bill Murray, alguien capaz de conectar con los nostálgicos y con los *youtubers*, que continúa dejando huella, desde dentro y desde fuera de la pantalla, en nuestro imaginario colectivo.

El porqué de este libro tiene que ver con bucear en la cabeza de Murray. Dibujar un retrato del actor fuera y dentro de la pantalla, como intérprete y como personaje real, contextualizándolo a través de sus películas y de sus miles de anécdotas. Explorar cómo en casi un centenar de personajes a lo largo de su carrera, algunos memorables, Bill Murray no ha dejado de ser él mismo. Y ser uno mismo es mucho más complicado que actuar. Él lo ha logrado actuando, buscando personajes en su interior y matando su presunta versatilidad a causa de una personalidad que ha contaminado cada uno de esos personajes sin que eso lo haya relegado como actor, más bien todo lo contrario. Entre sus conquistas, ha logrado ser irónico en lo cómico y en lo melancólico, natural y tierno como antihéroe y como villano, consiguiendo que cualquier rareza sea más que aceptable.

Lo que le gustaría a las páginas que siguen es contar cómo es entrar en la mente de Bill Murray. Ofrecer la excitante y adictiva experiencia de pasear por su lóbulo izquierdo y por el derecho para después arrojar a los lectores a una cuneta en la autopista de Nueva Jersey, tal y como les ocurría a los personajes que entraban en la mente de John Malkovich en aquella extraña película de Spike Jonze, a

través de una pequeña puerta situada en el piso siete y medio de una oficina. Pero no será éste un texto de ciencia-ficción. Tampoco de ciencia ni de ficción. El no haber hablado con Murray, tan delirantemente inaccesible para las cosas menos mundanas, ni con ninguno de sus amigos, convierten a este manual sobre el actor en un divertimento completamente contaminado de su libertad y de su filosofía. Un libro que deshojará algunas de las capas que envuelven al hombre más misterioso de Hollywood. El regocijo se encuentra en poder mostrar y demostrar que otras estrellas existen y que alguien puede salirse felizmente con la suya en el recto carril del *show business* global.

También porque, en esencia, me gusta ver cómo la gente es feliz disfrutando de Murray.

Bienvenidos al piso siete y medio. Se abre la pequeña puerta.